

## “NADA QUE PERDER, SALVO LAS CADENAS”

“Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros de la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud, en el que gracias al consumo y el entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre.” En 1932, el escritor británico Aldous Huxley predijo magistralmente en “*Un mundo feliz*”, lo que iría a suceder un siglo después.

En su obra hacía referencia a una sociedad distópica en la que el ser humano se dividía en castas y le eran otorgados una serie de privilegios y libertades diferentes en función de las mismas. Por otro lado, esa sociedad también se caracterizaba por la forma en la que se creaban nuevos individuos, pues nacían por medio de cultivos y eran adoctrinados mediante hipnopedia o educación a través del sueño. Las personas no podían caer en la reflexión porque se consideraba perjudicial para el sistema.

En nuestros días, en una sociedad corrompida por el consumismo, podemos vislumbrar claramente un reflejo de lo que Huxley transmitía a través de su obra. Los sistemas de castas en la India, la reciente noticia de los procesos de valoración a los ciudadanos en China y la búsqueda obsesiva de placeres inmediatos y a corto plazo, suponen ya un gran problema social.

Si bien es cierto que una centena de expertos ha advertido acerca de los problemas que podría traer la clasificación social basada en unos términos bastante discutibles, o la búsqueda de una pseudofelicidad basada en el gasto excesivo e innecesario del dinero, parece que la sociedad ha decidido hacer oídos sordos.

A partir de estas circunstancias que atañen a nuestro mundo, la dicotomía es clara: ¿Deberíamos seguir el señuelo que predice Huxley o habríamos de optar por una vida contemplativa como proponían los antiguos griegos?

Tras analizar las opciones, podríamos encontrarnos con que a corto plazo la que obtendría más éxito sería la opción de integrarse en la sociedad, y resultaría bastante lógico que lo fuera, porque al formar parte de una comunidad nos sentiríamos aceptados y protegidos. Pero ese sentimiento no perduraría por mucho tiempo, ya que el hecho de establecer una rutina monótona e inalterable y un pensamiento basado en lo políticamente correcto, haría que esta opción se desvaneciera con el paso del tiempo, y

provocaría en aquellos que la defienden, frustración, cansancio y en algunos casos más severos, enfermedades mentales.

En contraposición, si defendiéramos la vida contemplativa y el rechazo a la falsa felicidad, nos topáramos con un factor que suele sonar aterrador, la desaprobación del resto.

Nos da miedo enfrentarnos a las críticas porque buscamos la aceptación externa constantemente. Llegamos a una edad adulta y seguimos estableciendo relaciones de dependencia emocional, somos una oveja más de un rebaño en el que todo el ganado es igual.

Es por esta sencilla razón por la que optar por la vida contemplativa resulta tan alentador, aun a sabiendas de que esto tendrá consecuencias a nivel social.

De hecho, si basamos nuestra vida en modas absurdas, en apariencias o exhibicionismo llegará un punto en nuestra existencia en el que seamos conscientes de la falta de felicidad que nos provoca, y no llegaremos a vivir una vida plena.

Desde otra perspectiva, al tratar estos temas surgiría un inconveniente aun mayor: ¿Que valores éticos y derechos habrían de promoverse? Pues bien, desde un punto de vista moral, cabría destacar la igualdad como motor principal de sistema, la eliminación de las clasificaciones por castas, y la búsqueda de la vida plena que Cicerón y Marx tenían en mente hace ya varios siglos.

Cuando el primero pronunciaba su célebre frase “otium cum dignitate” predecía, al igual que Huxley, la triste realidad del homínido actual, y advertía que el hombre está condenado a una vida contemplativa y no a las cadenas del trabajo.

Esta cita es claramente complementaria con la teoría de los creadores del “Manifiesto comunista”, Marx y Engels, basada en la crítica a la extrema división del trabajo, ya que esta traía consecuencias negativas a la sociedad pues una parte, la encargada de llevar a cabo los trabajos manuales, saldría perjudicada, no solo en lo físico, sino también en lo psicológico, pues esta división acarrearía un estado de frustración al ser conscientes de que no podrían aspirar jamás a aquella parte del trabajo relacionada con la inteligencia.

Si contrastamos esta situación con la actualidad, podremos ver que sucede algo similar con las interminables jornadas de trabajo del sector privado, en las que la

infraestructura predomina sobre la superestructura de forma superior a lo habitual y llega a casi destruirla.

Por otro lado, citando palabras del propio Marx, diríamos que el sistema capitalista perdura porque se sabe adaptar a los problemas que surgen. En nuestros días, pondríamos como paradigma la comercialización de ideologías, que viene determinada por los intereses de las empresas, que utilizarían la lucha de un colectivo como una herramienta más para fomentar el consumismo y provocarían paralelamente que luchas como el feminismo perdieran su base ideológica. Aunque desde otra perspectiva, el consumo de ideologías a través de artículos cotidianos facilitaría su transmisión, y de esta manera, el hecho de no comercializar estos productos limitaría el acceso a las mismas a aquellas personas que pertenecen a los estratos de la sociedad con más dificultades para acceder al conocimiento.

En definitiva, y a modo de conclusión, cabe destacar la importancia de defender una postura que luche contra la deshumanización a la que incita el sistema actual, pues provoca a la larga una pérdida aun mayor de las emociones y como consecuencia de la libertad. Por lo tanto, solo queda esperar a la reacción de una sociedad que poco a poco va despertando del profundo sueño en el que sumerge el consumismo, y que hace que los individuos no sean conscientes de la pseudofelicidad que llevan admirando desde la infancia.

Con el transcurso del tiempo iremos avanzando y, a medida que los años pasen, el ser humano podría optar a desvincularse de la ténbre sombra del capitalismo ya que, como diría Marx, “No queda nada por perder, salvo las cadenas”.

-El gato de Schrödinger